AÑO I SABADO 12 DE NOVIEMBRE DE 1904. NUM. 271.

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES. PERIÓDICO PARA TODOS. REDACCIÓN: BALSAS, 1.

SEGUNDA EDICION DEL SABADO

ESTA ES LA VERDAD

Fijaros bien y os evitareis molestias y gastos, porque el CARBON MERCEDES, es muy recomendable á las familias.

Asi es, que á todos los carboneros, pedid siempre mitad vegetal y mitad Mercedes, y hallareis, á mas de la economia indicada, mucha curiosidad.

La Fábrica de este carbon está situada junto á la iglesia de la Merced.

SUAVER

CIRUJANO DENTISTA

Conde del Valle, 16 (altos Frenería)

En este acreditado gabinete se construyen dentaduras y aparatos por todos los sistemas hasta hoy conocidos.

Se curan todas las enfermedades de la boca.

Las extracciones de muelas y demás operaciones se hacen SIN DOLOR.

AL DIA

DE POLITICA

Raras veces la lógica preside los actos de la política española y por eso vemos que todo cuanto sucede es inesperado y nadie se da explicación de cuanto acontece en los actuales momentos.

Por motivo baladí, hemos llegado á confusión tal, que no es posible que nadie se entienda ni se aventure, á profetizar el porvenir.

Es lamentable que la vida del Parlamento se paralice, que como consecuencia de las gasladas energías estos dias anteriores, tenga el país que pagar los vidrios rotos que hacen añicos cuatro caballeros que constantemente tienen en los labios la palabra *patriotismo*.

Lo que no podemos adivinar es lo que se propone el Sr. Maura con el giro dado á la política.

Que las oposiciones se proponen derribar al Gobierno, está demostrado en todos sus actos y es natural porque en España la misión principal y única de todo político es el *quítate tú, para que me ponga yó*.

¡Cuán menguada es la política española!

Las oposiciones por lo que se nota, se han propuesto excitar el amor propio de D. Antonio, para que ese amor propio le derribe, pero lo que no se nos alcanza es, que dada la pericia y la práctica parlamentaria del Presidente, llegue á caer en la red que le tienden sus adversarios.

El Sr. Maura tiene mucho talento para ignorar que con desplantes no se gobierna; el Sr. Maura sabe que todo gobernante que se deja cegar por la pasión, es perdido, y á pesar de esto le vemos presentarse altivo, altanero y dispuesto siempre á la lucha.

La obstinación es su lema en principio, pero al ver que la tempestad se cierne temerosa sobre el banco azul, claudica.

¿Qué se propone pues, con provocar la guerra para después buscar una fórmula de transación?

¿Es que le cansa el poder?

¿Es que busca un pretexto para abandonarlo, dejándolo en mitad del arroyo?

Lo dudamos: pues de ser así, resultaría en contraposición, de lo que ambicionan todos los políticos españoles.

Y lo dudamos, porque todos están conformes con lo que dice el *Ministro* en «Los Diamantes de la Corona».

Antes de soltar me dejo
los dientes en la tajada.

DESDE EL CIELO

CUENTO

Llegó á la portería, donde estaba San Pedro, como siempre haciendo calceta, un anciano de ciento diez años, que subia de la tierra lleno de virtudes y de obras de caridad, casi un santo sin canonizar; pero lleno de fé y con esperanza de obtener un buen lugar entre los bienaventurados.

San Pedro le recibió benévolamente y le aseguró que el Padre Eterno conocía sus virtudes y las premiaría en las esferas celestiales.

—Aquí, sabemos todo cuanto pasa en la tierra; conocemos á los que se creen buenos y son demonios, y á los demonios que son buenos; la hipocresía se desconoce en el cielo.

—Yo, señor D. Pedro...

—Suprime el Don, háblame como yo te hablo; aquí todos somos iguales.

—Yo nací millonario y seguí siéndolo hasta mi salida de la tierra; sin mancha alguna, mi fortuna la repartí con equidad entre mis parientes, á los que le recomendé rogaran por mi alma.

San Pedro se sonrió y siguió haciendo calceta, y después de una corta pausa, mirando al penitente, le dijo con cierta sorna:

—¿Y habrán cumplido tus herederos el encargo?

—Eso quisiera saber.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque los que suben al cielo no pueden saber nada de lo que pasa en la tierra; como los de la tierra, ignoran todo cuanto ocurre en el cielo; donde no tenemos elecciones, ni sufragio universal.

—Pero quisiera, venerable apostol, que me concediera la gracia de ver á mis herederos en la tierra.

—Imposible, hermano.

=Mis virtudes, mi caridad, los hechos de mi tránsito en eso que llaman mundo, me recomienda.

—No es posible: tenemos una *mirilla*, un observatorio para servicio particular, que solo podemos usar nosotros, los designados por el Omnipotente.

—Rogad, señor, rogad que en premio á mis virtudes me concedan un dia de *mirilla*.

San Pedro dejó la calceta, y ya molestado por las impertinencias del recién llegado, levantóse de su taburete ó silla (porque ignoramos donde descansaban sus posaderas) y encarándose con su interlocutor le dijo de mala forma:

—Voy á satisfacer tu impertinencia, si el Señor me autoriza para ello; si estuviera en la tierra, haría mi voluntad infalible, pero en los cielos, soy soldado de fila, sin voluntad propia.

Y volviendo la espalda al penitente, entró en los salones del Padre Eterno.

Instantes después salió de ellos y dijo al peticionario:

—Por gracia especial te permito el Señor, que por diez minutos ocupes la *mirilla* de la tierra.

—¿Pero señor San Pedro, qué veré en diez minutos?

—Mucho, mas de lo que quisieras.

Y ambos, San Pedro y el penitente, abandonaron la portería, se internaron en los salones, hasta el de los *pasos perdidos* y llegaron á la *mirilla* misteriosa que se comunicaba con la tierra.

Era un caos, un montón de nubes por arriba y por abajo, iluminadas por luz conical, fantástica, que tenía arco iris sin colores terrenales, eran otros, mas vaporosos, más brillantes, más impalpables, más incomprensibles, que los que conocemos el en cosmo que habitamos.

El espíritu del viejo estaba sorprendido, no diremos aterrado, porque yacía entre nebulosidades desconocidas.

—Puedes preguntar, dijo San Pedro, ¿á quién quieres ver?

—A mi sobrino, el heredero de cien millones.

—Ahí está.

Y el viejo curioso vió un salón lleno de hombres y mujeres de aspecto sospechoso, que festejaban á su sobrino que estaba beodo como ellos; gocemos, bebamos por el tio, y que esté donde quiera.

El mundo es mundo, el muerto al hoyo, el vivo al bollo y el heredero del muerto, embriagado, besaba á las mujeres y retozaba con los hombres.

—No quiero ver más.

—Ya lo sabía yo—exclamó San Pedro.

—Sí, dijo el viejo, quiero ver á mi sobrina y su madre, pobres mujeres, á quienes dejé un legado pequeño, vitalicio, de un duro diario.

Y en efecto, el viejo vió una pobre habitación en la que estaban trabajando, madre é hija, y rezando por el muerto.

—¿Has visto bastante?

=No: conocí á un borracho, zapatero remendón, que tenía recogido en el portal de mi casa, y servíame de portero gratuito, al que dejé otro pequeño legado.

—Míralo.

Y el espíritu del muerto vió al mencionado zapatero trabajando en compañía de su mujer y su hija y oyó decian un Padre Nuestro, por el alma de nuestro bienhechor.

—Han pasado los diez minutos, has visto bastante, dijo San Pedro cogiendo al desdichado curioso y llevándolo á la portería, donde cogió la calceta y se puso á continuar su interrumpida tarea.

El viejo, emocionado, nada de-